MI VIDA SIN TI

Mari Ropero

MI VIDA SIN TI

Mari Ropero

avant
editorial

Primera edición, octubre de 2022
© Mari Ropero 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-93-1
IBIC: BRD

¿Qué harías si la persona que amas desapareciera de tu vida de un día para otro?

******

Recorreré los kilómetros que hagan falta para encontrarte, pero si no lo consigo, tendré la certeza de haberlo intentando con todas mis fuerzas.

******

Esta novela está dedicada a todas esas veces que no nos rendimos

1

EL PRIMER PASO

Estoy loca. Acabo de dejar mi trabajo y nadie entiende por qué. Además, tampoco he querido ni tengo ninguna gana de contar a todo el mundo que mi huida hacia delante —porque así lo siento— es solo por mí. Tengo ganas de volar y en este maldito palacio reconvertido en oficinas oficiales no hay ventanas por donde saltar al vacío. Lo he dejado todo para no volver. Por primera vez en mi vida cometo la locura, o la sensatez, de hacer caso a mi corazón. Lo sé, lo sé. Mañana cuando toda esta adrenalina que ahora mismo me recorre el cuerpo se haya ido, lo veré todo gris y querré deshacer el camino para volver al redil, pero no, no lo pienso consentir. Voy a correr deprisa antes de que mi cabeza empiece a arrepentirse, tanto que cuando se quiera dar cuenta estaré muy lejos; tan lejos que ni yo misma pueda alcanzarme para sujetarme y no coger ese tren que tantas veces he dejado escapar marchándose sin mí.

Primero estaría bien presentarme. Mi nombre es Rosa y trabajo en unos de los ministerios más importantes de nuestro país. No soy la ministra, aunque estoy casi a la misma altura; tan alto vuelo a veces, que se me olvida poner los pies en el suelo. Mi falta de realidad no es de ahora. El poder adquisitivo de mi familia, que siempre me tuvo entre algodones, creo que ha contribuido mucho a mi falta de empatía con la vida, creyéndome a veces dueña y señora de mi destino. Estaba convencida de que el dinero que nunca me ha faltado podía hacerme feliz, mas estaba totalmente equivocada. Supongo que mis padres pondrán el grito en el cielo o pensarán que me he vuelto loca cuando se enteren de la nueva noticia, pero ellos que también me lanzaron hacia el cielo con la intención de que de allí no bajara no se dieron cuenta de que desde tan alto no se aprecian bien las maravillas que se esconden entre la hierba recién mojada por la lluvia, donde la realidad puede ser aún más bella que todas las cosas que se pueden comprar con dinero. No quiero ni pensar en sus reproches por el qué dirán los amigos, aún más pijos que nosotros, de mi actitud dejando el trabajo así sin más, sin pararse a pensar un momento en que hace mucho tiempo que lo que digan esas personas que apenas conozco no me importa en absoluto. En este punto de mi vida solo me importa lo que siento yo. Toda mi vida ha sido perfecta e intachable, pero creo que tanta perfección me ha vuelto idiota. Una total y soberana idiota. Repugnante y maleducada. Es imperdonable mi actitud en estos últimos años, siempre metida en mi caparazón controlándolo todo, o al menos eso era lo que yo creía. Aunque la vida sabia sabe ponernos en nuestro lugar; el mío debe ser camino a casa de mis padres para contarles mi nueva

situación laboral. Prefiero hacerlo yo misma sin perder ni un segundo, ya que si tardo aunque solo sea un día para calmarme y hablar con ellos con tranquilidad, exponiéndoles las razones de peso que me han llevado a tomar dicha decisión, les llegarán noticias —distorsionadas por supuesto— y la verdad es que no quiero más que mi vida sea una mera puesta en escena para complacer a nadie, ni siquiera a ellos.

—Está claro que te has vuelto loca. ¿Sabes cuánto me costó que entrarás en el ministerio? —me pregunta mi padre nada más oír la noticia sin dejar que me explicara.

—¿Cómo que te costó, papá? Fue mi esfuerzo y estudiar sin tener vida para poder optar a ese puesto que tú tanto querías para mí. ¿O era para ti y tus intereses? —pregunto directamente a mi padre, contestando a su patética pregunta.

—¡No hables así a tu padre, Rosa! —me reprocha mi madre subiendo la voz.

—Pero ¿tú le estás escuchando, mamá? Me dice que él es el único responsable de que yo trabajase durante más de diez años en el ministerio, como si mi trabajo durante todo este tiempo y mis estudios no sirvieran para nada. ¡Todo lo hizo él! Pues vale, allí lo tienes esperándote con los brazos abiertos, papá —les reprocho en su mismo tono.

—Eres una desagradecida, hija.

—¿Yo, papá? ¿Tú de verdad piensas que soy una desagradecida? Te he dado las gracias mil veces por mis estudios y por el trabajo que hasta hace un tiempo me hacía feliz. Sin embargo, no queréis escucharme para que os pueda contar porqué he necesitado dejarlo...

—Te escuchamos —me interrumpe mi madre.

—No, mamá, ahora ya no tengo ganas de contaros nada. Me voy a mi casa, la cual he pagado con mi trabajo y no con tu dinero. —Y salgo del salón dejando cada palabra dicha tatuada en las paredes. Me voy enfadada por los reproches que no esperaba de quienes no hace nada me daban la mano para cruzar la calle y ahora siento que me dejan a un lado de la calzada sin preguntarme ni siquiera si necesito cruzar. Pues sí, sí necesito cruzar, pero no de calle, sino de vida; cambiarla por completo y volver a encontrar la ilusión que se me quedó en el camino del trabajo a mi casa y de mi casa al trabajo. En casi diez años caben muchos malos caminos por donde transitar a oscuras con miedo a encender la luz, no sea que en una de esas te des cuenta de cuánto estás de lejos de lo que de verdad soñabas con ser y hacer en la vida.

Aparentemente lo tengo todo; y todo es dinero, que es lo único que no necesito ni he necesitado en mi vida, porque lo he tenido siempre. Y sinceramente me siento triste por ser tan pobre de todo lo demás. No tengo recuerdos ajenos a grandes viajes, donde el lujo de los hoteles o la extravagancia de países lejanos a los que siempre llegaba en primera clase parecían hacerme del todo feliz; pero una felicidad que no era real, confundida por todo lo que me rodeaba. Tampoco sería justo quejarme de tener la posibilidad de conocer el mundo en el que vivimos, aunque puesta a recordar lo más bonito que tengo guardado en mi particular caja de mis tesoros es Ana. Los tres años que pasamos locas de rabia de no poder vernos más o cerrar los ojos cuando estábamos juntas para así parar el tiempo. Ese tiempo que descubrimos que no hay dinero que pueda comprar ni siquiera siendo el mismo Dios. Porque sin ser creyente

lo imploré mil noches para que me dejara la posibilidad de vivir una vida después de esta y así poder buscarla ya sin las cadenas de todo ese «protocolo» que nos rodeaba, para conocernos y querernos acompañadas por el anonimato que te da ser una más entre los millones de humanos que pueblan ese mismo mundo.

En sus brazos no había miedos; se desvanecían entre las miradas que mucho antes de tocarnos eran el preludio de ese instante mágico donde no sabes qué pasará después. La incertidumbre de noches en vela planeando encuentros secretos que nos hacían soñar completamente despiertas. Era curioso como la vida tiene el poder de regalarte otra adolescencia y como nosotras no supimos aprovecharla; no al menos como nos hubiera gustado. Más tiempo. Más días. Más noches. Más luz. Esa luz que lo ilumina todo y solo es capaz de cegarte si temes lo que se mostrará con total libertad, ya que nunca serás capaz de mirar a los ojos de quien también mira con la valentía de ser quien de verdad eres. Esa fue nuestra única equivocación, querer disimular lo que de verdad éramos, y creo que siempre seremos: compañeras de un viaje que elegimos viajar por separado cuando en realidad deseábamos hacerlo juntas. No fuimos valientes como para dejarlo todo y cambiar el mundo que nos rodeaba, aunque solo hubiera sido un segundo. Los escondites también tienen ojos y hablan gritando palabras al aire que casi nunca son verdades absolutas; y si lo son, no son de incumbencia de nadie. En ese mismo momento, en que todo se sabría, Ana desapareció de mi vida como si se la hubiera tragado la Tierra. Llevo dos años sin saber nada de ella.

Llego a mi piso y hoy después de muchos meses lo encuentro en su sitio, o era yo la que andaba desubicada

hasta en mi casa por no poder encontrar la puerta de salida, que casualmente es por donde acabo de entrar. Está llena de la luz que tanto me gustó al entrar por primera vez y que esta tarde de junio se cuela por las tres ventanas que hay en el salón. A veces corro del todo las cortinas y dejo que el sol entre, iluminando cada rincón de la estancia tan a lo bestia, que después de unos minutos necesito cerrarlas con mucha rapidez, ya que siento que podría dejarme ciega tanta claridad. Otras veces en plena tormenta, cuando la lluvia todavía es tímida, abro las ventanas para que el olor a lluvia recién traída por el viento tenga un lugar donde refugiarse. Sin embargo, cuando vuelvo a cerrarlas, siento que un poquito de mí también se va volando con la tormenta, dejándome el recuerdo de con quién estas locuras parecían —eran— verdades que sabían a nuestra locura. La locura cuerda de disfrutar de todo lo que nos rodeaba, con la sana intención de volvernos más locas por unos minutos que a nosotras nos duraban semanas. Y semana a semana fueron tres años de querernos con la sabiduría de un amor que después de este tiempo sin vernos, aún hoy me sabe a poco por lo mucho que todavía queda en mí.

Tengo la esperanza de tenerla algún día delante y preguntarle por qué se fue sin avisarme de su huida, aunque ahora que yo también huyo, entiendo mucho mejor su actitud; aun así, también creo que tres años merecen una explicación. Un mensaje en el móvil, un correo electrónico, una carta; no sé, señales de humo... Pero algo a lo que agarrarse con fuerza por muy duros que fueran los motivos de su total invisibilidad, de su total falta de noticias. Pregunté a sus amigos, fui a su trabajo, visité su casa varias veces —donde incluso hice guardia frente a su edificio bien camuflada

durante varios días— esperando verla aparecer, aunque fuera para mandarme a paseo. Pero nada, nadie sabía nada de su paradero, y ella, estuviera donde estuviera, parecía haber dejado órdenes para no ser descubierta. Y por supuesto me incluyó a mí. Pero ¿qué razones tiene alguien para desaparecer así? Pregunta que jamás en estos dos largos años he podido responderme ni una sola vez creyéndome conocedora de sus más íntimos anhelos y sus ganas también de escaparse de su vida en muchas ocasiones.

Me meto en la cama, y como cada noche desde la primera vez que vi a Ana, me encuentro frente a ella saliendo por la puerta del ayuntamiento de Madrid, yo descolocada por las prisas de llegar tarde en taxi también al mismo lugar, donde me esperaba una reunión muy importante. Y tan importante fue para mí aquella reunión que después de tanto tiempo no he podido olvidarla. Tengo la esperanza de que Ana tampoco la haya borrado totalmente de su recuerdo, ya que fue la primera vez que nos tuvimos una frente a la otra. También tengo que recocer que no recuerdo mucho más de aquellas largas dos horas y media que nos tuvieron allí metidas sin saber muy bien para qué, dado que nunca llegamos al acuerdo que el ayuntamiento nos propuso y en el que la empresa de Ana tenía mucho que ganar. Aunque nosotras nos sentimos triunfadoras de toda esa puesta en escena por parte de quien nos había convocado solo por habernos conocido. Podría contar sin temor a equivocarme cómo iba vestida, el color de sus zapatos y hasta si llevaba o no pendientes. Podría gritar lo que sentí al verla sentada enfrente de mí en aquella mesa larga donde todo el mundo hablaba un idioma frío, cuando yo sin querer empezaba a sentir un calor incómodo para el lugar en el que me encontraba, o el

olor de su perfume, fresco, que me recordaba al jardín que mi abuela tenía en su casa cuando yo era pequeña, todo lleno de plantas de jazmín. Su hablar sereno, su perfecto lenguaje, su sonrisa al descubrirme mirándola como el que mira un milagro, y para mí lo fue, ya que posiblemente nos habíamos cruzado mil veces en algún pasillo del ministerio, al que había visitado varias veces también por trabajo, pero que yo nunca había aparecido en ninguna de ellas. Después de saberlo me maldecía las veces que preferí no estar en cientos de reuniones en estos diez años trabajando allí, para luego dar gracias al destino, porque todo es cuando tiene que ser y ese día fue.

Quiero dormirme, pero no dejo de dar vueltas sobre mi huida. Me faltan de repente razones para haberlo dejado todo y, sin embargo, me siento en paz ahora que sé que puedo volar tranquila, levantarme tarde y poner toda mi atención en encontrar una pista, solo una pista, que me pueda llevar hasta donde está Ana. Hace dos años que me siento en un duelo que pesa demasiado. Tanto es así que he tenido que soltar lastre —mi trabajo— para centrarme en lo que de verdad quiero hacer y necesito desde hace dos años. No tuve la valentía en ese momento de ir más allá de Madrid, de donde estaba claro que se había marchado, para buscarla en aquellos lugares donde habíamos estado juntas, donde habíamos sido felices juntas; pensando así que mi recuerdo era tan bonito como el mío de ella.

Entonces hice el amago de levantarme, necesitaba volver a mirar las últimas fotos que nos habíamos hecho en aquella playa. Necesitaba ver su sonrisa, nuestras manos entrelazadas, nuestro beso inmortalizado por sorpresa... Verla feliz y sentir que lo éramos juntas. Que todo aquello no

había sido un sueño, sino tan real como que hace dos años que desapareció de mi vida y que, aunque haya tardado tanto tiempo, hoy pongo rumbo a cada uno de los pasos que dimos sin saber el camino, ese que fuimos construyendo poco a poco cada día de esos tres años.

Lo siguiente que puedo ver es la luz que entra por la ventana. Ahora recordaba que me dejé la persiana demasiado subida y que debía ser más tarde de lo yo estaba acostumbrada a levantarme. Hoy era sábado y aunque necesitaba dormir un poco más, también tenía la necesidad de ponerme en marcha de alguna manera. Empezar a planificar los días, semanas, que me llevaría esta nueva aventura que me esperaba detrás de la puerta de mi jaula de oro con cristal de Bohemia. Empezar mi búsqueda desde el lugar donde la vi por última vez; eso era lo único que tenía claro. Después intuía que tendría que improvisar, sacar de la chistera de mis recuerdos un hilo, aunque fuera muy fino, del que tirar. Nadar entre las frases que recuerdo intactas en mi cabeza, para dar forma a un posible primer destino. Loca me voy a volver si después de tanto transitar por mi mente no encuentro ni la más mínima pista, ya que nunca fui tan lejos y el miedo al fracaso siento que también quiere ser mi acompañante. Venir conmigo donde cada día nos lleve el sol que vaya dando luz a cada paso.

Me visto y después de un café rápido salgo de casa. No quiero coger el coche, no hasta saber que Madrid ya la tengo descartada. Su piso es mi primer destino, de nuevo. En poco más de quince minutos estoy debajo de sus ventanas, cerradas desde que se fue; nadie ha vuelto a subir las persianas. Pregunto al portero por si las catorce veces que ya había preguntado lo mismo tiene algún cambio, pero no,

el señor muy amable me cuenta que la señorita Ana no ha vuelto por allí, ni nadie ha visitado su piso.

—Lo siento, pero todo sigue como la última vez que vino —me relata muy amable.

—Muchas gracias —respondo con cierta pena. Y aunque sabía que esta podría ser la respuesta, siempre me quedaba una pequeña esperanza al llegar frente a su casa.

Ángel, que es como se llama el portero, fue sin querer espectador de lujo una noche que a las dos nos quemaba la ropa y nos pilló besándonos como si mañana se fuera a acabar el mundo; que digo mañana, esa misma noche. Apoyadas en su coche, frente al portal, él nos esperaba para cerrar la puerta, ya que nos había visto llegar. Quiso ser amable y se encontró con dos mujeres comiéndose la boca como estoy segura de que no había visto nunca, sobre todo a la señorita Ana, como él la llama. Nosotras ni nos dimos cuenta en un principio de que Ángel esperaba a que entráramos en el portal, pero visto las pocas prisas que teníamos, optó por no esperarnos. Fue al día siguiente cuando fuimos conscientes de que él nos había visto, ya que con las prisas el coche se quedó con las luces puestas, y él, con las llaves de repuesto que Ana le había dejado por si tenía algún olvido, abrió el coche y las apagó; luego lo bajó al parquin del edificio. A la mañana siguiente subió al piso de Ana y nos contó lo que había hecho con él, por lo que nosotras deducimos que nos había visto en aquella situación tan íntima que tanto quería proteger Ana. Creo que en ese momento fue consciente de que iba a ser muy difícil ocultarlo más tiempo. Un descuido como el de anoche pondría patas arriba una relación clandestina que con tanto mimo cuidaba

Ana, aunque para mí al cabo de unos meses se me hacía a veces triste tener que esconder tanto amor.

Ana pilló un cabreo importante, dejándose vencer por el miedo a que supieran algo de su vida que ella nunca había querido contar. Pasó por un matrimonio sonado y poco amistoso, ya que su ex se lo puso muy difícil por aquello de no ponerse de acuerdo en los millones que tenía que darle. Él amenazaba con contar los verdaderos motivos de su separación forzosa y Ana no estaba por la labor de dejar que aquel mamarracho con el que no llevaba ni cinco años casada se llevara su dinero y también su honor. Lo primero le daba un poco igual, pero por supuesto que no iba a consentir que su vida privada estuviera en boca de todo el mundo como si fuera un programa de televisión. Nadie supo cuáles fueron esos motivos, y creo que ni a mí me los llegó a desvelar del todo, pero intuyo que tenía que ver con eso que tanto escondía Ana de su vida. Algo de ella que yo sí conozco y que es maravilloso. Tal vez nunca lo vio como yo lo sentí después de conocerla, pero quererla es una de las cosas más bonitas que me han pasado en mi vida. Nunca me arrepentiré de amarla a pesar de no entender los motivos que puede tener alguien que te dice que te ama y al día siguiente desaparece.

Después de charlar un rato con Ángel, intentando que fuera un poquito imprudente y se le pudiera escapar algún dato que no me hubiera contado en todas las veces anteriores que vine, y que ahora su memoria pueda dejar a la luz y a mis oídos. Estaba tratando de aprovecharme de lo buena persona que es, y siento decir esto, pero hoy estoy tan desesperada por saber algo más, que incluso le pagaría para que me diera la esparza de no tenerla tan lejos. Aunque la

sensación que tengo es la de siempre: irme tan desilusionada como vine. Estoy segura de que alguien debe saber dónde está y no me lo puede contar porque ella así lo dispuso.

—Está bien, Ángel, no le insisto más. Pero dígame una cosa, ¿usted cree que le ha podido pasar algo?

—No lo creo, señorita. Entonces sí hubiéramos tenido noticias; ya se sabe que lo malo llega con más rapidez —me contesta el fiel portero.

—Eso también es verdad —afirmo dándole la razón. Y qué razón o razones podía tener para desaparecer así.

Nos despedimos en la misma puerta del inmueble, no sin antes dejarle mi tarjeta —que si no recuerdo mal es la séptima que le doy—, por aquello de que si se acuerda de algo, o mejor, si aparece «la señorita Ana», me llame de inmediato.

Pobre Ángel, qué culpa tendrá él de mi delirio, de mi locura, de mi llanto por dentro durante todo este tiempo. Mas qué culpa tengo yo de quererla así y no encontrar la manera de ahogarme con mis lágrimas para dejar de pensar en ella. Me duele su ausencia desde hace demasiado y es este «demasiado», el que me ha hecho no mirar hacia atrás para poder dejarlo todo y empezar a vivir mi vida. La que yo quiero de verdad y no la que los demás me han impuesto para que las suyas sean más felices. Me rindo, dejo de conformarme con lo que soy para, tal vez, no ser nada más que una mujer que quiere serlo hasta las últimas consecuencias. Quiero correr y buscar a Ana, o perderme en el intento si no la encuentro; si no vuelvo a saber nada de ella. Pero también puede ser que en este largo camino pueda volverme a recuperar la Rosa de mucho antes de entrar en el ministerio y vivir exclusivamente para trabajar. La Rosa que dejé un día